

Los santos nos levantan el ánimo

El pasado domingo 11 de octubre asistíamos con gozo en Roma a la canonización de cinco nuevos santos. El Papa Benedicto XVI, en virtud del carisma de la infalibilidad pontificia puesto al servicio de toda la Iglesia, proclamaba santos a cinco hijos ejemplares de la Iglesia: El P. Damián marchó como misionero hasta Molokai-Hawai y allí amó a los leprosos y se entregó a su servicio, hasta morir en 1889 leproso con los leprosos. Juana Jugan (+1879) se dedicó a atender a pobres y ancianos, adelantándose a su tiempo. El P. Francisco Coll (+1875), fue un dominico misionero que gastó su vida en el anuncio del Evangelio. El arzobispo de Cracovia, Mons. Felinski (+1895), fue un buen pastor al servicio de su pueblo.

El Hno. Rafael, el más joven y el más contemporáneo a nosotros (+1939), se consumió víctima de la diabetes en la Trapa de Venta de Baños, sin poder siquiera llegar a ser monje ni hacer lo votos, a los 27 años. Con una confianza infinita en Dios, en solo Dios, fue despojándose de todo y dio un sentido a su cruz verdaderamente estimulante para quien se acerca a conocerle. Sus dibujos, sus escritos y sus cartas siguen haciendo mucho bien. He conocido a muchos jóvenes a los que les ha cambiado la vida conocer al Hno. Rafael de cerca.

Este domingo 18 de octubre, es beatificado en la catedral de Toledo el cardenal Sancha (+1909), un hombre clave en la España contemporánea, buen pastor de su pueblo y padre de los pobres.

Los santos nos hacen mirar al cielo, para ver que ellos gozan de Dios para siempre. El cielo, la patria a la que todos esperamos y deseamos llegar. Y al mirar al cielo, contemplamos que Dios les ha llamado a ellos y nos llama también a nosotros a la santidad total. Los santos nos ayudan a mirar la historia de la humanidad con esperanza. Ellos han vivido las mismas dificultades que vivimos nosotros y Dios les ha ido enseñando a transformar tales dificultades en ocasiones de gracia y de crecimiento.

Muchas veces se habla ligeramente de la Iglesia, sin darse cuenta de que esta Iglesia, a lo largo de su etapa terrena, va produciendo los mejores ciudadanos

que han conocido sus contemporáneos. La Iglesia en su etapa terrena es como un laboratorio, como un taller de restauración, donde se va elaborando con la gracia de Dios la personalidad de tantos miles y miles de santos anónimos, que se dejan amar por Dios y aprenden a amar hasta dar la vida. La Iglesia es como un taller que va restaurando las mejores obras, devolviendo a cada uno de sus hijos la imagen de Dios deteriorada por el pecado.

¡Qué bonita es la Iglesia, que produce hombres y mujeres de este calibre! Si no existiera, habría que inventarla. Pero la ha inventado Jesucristo, poniendo como pilares a los Doce apóstoles y dándole como alma al Espíritu Santo. La Iglesia tiene futuro, porque lleva en su seno a Jesucristo hecho vida en la vida de tantos hombres y mujeres. Y Jesucristo es el único que puede salvar al mundo. Damos gracias a Dios por pertenecer a esta familia tan ilustre, la Iglesia santa que santifica a sus hijos.

Con mi afecto y bendición:

+Monseñor Demetrio Fernández